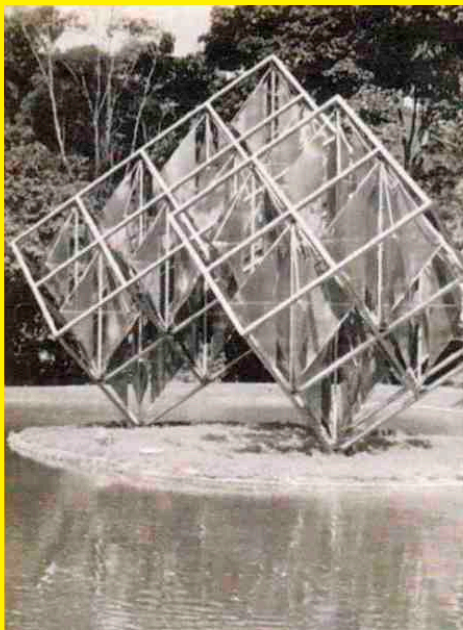




Universidad Simón Bolívar

DIÁLOGO Y COMPRENSIÓN TEXTOS PARA LA UNIVERSIDAD

Cristian Álvarez





Universidad Simón Bolívar

DIÁLOGO Y COMPRENSIÓN

TEXTOS PARA LA UNIVERSIDAD

Cristian Álvarez

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

AUTORIDADES

Enrique Planchart Rector

Rafael Escalona Vicerrector académico

Mariella Azzato Vicerrectora administrativa (e)

Cristian Puig Secretario



**Diálogo y comprensión:
Textos para la Universidad
Cristian Álvarez**

©2015 EDITORIAL EQUINOCCIO

Todas las obras publicadas bajo nuestro sello han sido sometidas a un proceso de arbitraje. Reservados todos los derechos.

Coordinación editorial

Cristian Álvarez

Coordinación de producción

Evelyn Castro

Administración

Nelson González

Diagramación

Cristin Medina

Luis Müller

Corrección

José Manuel Guilarte

Hecho el depósito de ley

Depósito legal DC2017001115

Valle de Sartenejas, Baruta, estado Miranda.

Apartado postal 89000, Caracas 1080-A, Venezuela.

Teléfonos (0212) 9063162

equinoccio@usb.ve

RIF. G-20000063-5

Nota introductoria

Como resultado de la preocupación por la situación crítica del país durante el año 2002, envié al suplemento *Verbigacia* del diario *El Universal*, sección que para entonces dirigía Patricia Guzmán, una serie de cuatro artículos donde deseaba exponer algunas impresiones sobre el acontecer venezolano; páginas en las que quería, al mismo tiempo, bosquejar unos intentos que nos permitieran recuperar un sentido de la convivencia. Bajo el título general de la serie *Diálogo y comprensión: ¿hacia la reconciliación posible?*, los cuatro textos aparecieron publicados sucesivamente los días sábados del mes de agosto de 2002. En los años precedentes, en esos convulsos meses y en los siguientes, y aún hoy en día, cada uno de los que conformamos la comunidad nacional fue asumiendo una determinada actitud ante los hechos, o escogió posturas que muchas veces se fueron tornando irreconciliables con la de otros ciudadanos, generando incluso heridas que todavía no cicatrizan. Como en casi todo escrito que nace de interrogantes vitales y convicciones íntimas, es natural que en esas líneas también puede intuirse mi posición personal ante la compleja y dolorosa realidad nacional. Mas mi intención en ellas no busca privilegiar una determinada parcialidad, sino quizás dilucidar alguna opción que construya los necesarios puentes que puedan acercarnos. Aunque suene lejano y utópico hablar de diálogos y reconciliación, ¿no son los valores que sustentan esos actos y acciones los mismos que deseamos cultivar en nuestra Casa de Estudios? Es por este motivo

esencial que vuelvo a reunir estos cuatro ensayos para compartirlos con la comunidad universitaria.

Completa este pequeño volumen un conjunto de editoriales que escribí para la revista *Universalía* durante la década de los noventa, y que en el especial formato de aquellas páginas trataba de ofrecer algunas interpretaciones y caminos que contribuyeran al ejercicio de la conciencia en las actividades cotidianas de la institución. Mirándolas en la distancia de los años, se aprecia que ciertas ideas y comentarios aún podrían tomarse en cuenta, al menos para una discusión; incluso en varios momentos creo que tienen interés unos cuantos señalamientos que de algún modo parecían anticipar situaciones y actitudes que podemos encontrar en nuestra circunstancia presente. Pensadas como unidades independientes, estas editoriales y parte de los artículos de la serie, al reunirse en un mismo espacio, presentan también la reiteración de determinados conceptos y alusiones que, en el énfasis de la escritura, expresan preocupaciones permanentes. Ello no debe extrañar, pues ¿acaso no nos repetimos muchas veces los profesores en busca de la claridad de la reflexión y con el fin de alcanzar nuestra misión docente? Reconozco mi insistencia y sólo espero que ella ayude a la comprensión de los temas. Ojalá que lo meditado en estas páginas pueda contribuir en algo a la formación que aspiramos impartir en la Universidad Simón Bolívar.

C.A.

Diálogo y comprensión: ¿hacia la reconciliación posible?

Una condición inicial: la defensa del libre diálogo²

Tal vez deba empezar admitiendo mi escasa visión política, así como mi poca perspicacia para comprender el sentido de tácticas y estrategias cuyos fines apuntan al logro de objetivos para el “vencer al contrario” o para la obtención y consolidación del poder, aunque estoy consciente de que hay seres con este tipo de vocación y que son muy hábiles para calcular los pasos que deben seguirse para la conveniencia o la afirmación hegemónica. Tampoco pretendo ser experto para describir los problemas políticos, sociales o económicos —y mucho menos los militares— que aquejan a nuestra noble nación. Pienso que en los distintos medios de comunicación social pueden encontrarse analistas más avezados que con agudeza y sentido de los acontecimientos, buscan colocar las cosas en su sitio, cuestionando con acierto acciones y decisiones, y develando el ocultamiento y la mentira *goebbeliana*. Así, en sus trabajos uno podrá encontrar provisionales respuestas ante los hechos y circunstancias según los gustos e inclinación de cada quien: con énfasis, con acidez irónica y desencanto, o con ponderación. La labor descrita resulta, por ende, muy necesaria. Mi intención, sin embargo, tan sólo aspira ser la de un simple ciudadano que trata de entender nuestra situación con una personal visión sobre las cosas y

² Publicado en el suplemento *Verbigracia* del diario *El Universal*. Año VI, N° 5, Caracas, 3 de agosto de 2002, p. 3.

con el deseo de comprensión, que en la limitación humana anhela ser sincero. Es en esta dirección que apuntarán las líneas siguientes.

Parece claro que los muy lamentables sucesos del mes de abril, reveladores en más de un sentido, se han extendido en una nefasta radicalización y en algunas ocasiones, más de las que uno pudiera imaginar, a la más evidentes manifestaciones de odio y resentimiento, al hecho de arrogarse algunos grupos la posesión de la verdad exclusiva (adjetivo que implica las consecuencias de intolerancia y sectarismo, de rotulación y acción inquisitorial consciente o inconsciente), y al anuncio, no sé si como amenaza expresa o como advertencia preocupante, de un no muy lejano enfrentamiento civil con características de guerra. ¿Cómo podemos quedarnos impasibles ante tal horror de la división nacional, que se repite en cada escala comunitaria que pasa por la familia, los hermanos, los antiguos amigos, barrios, aun pueblos y ciudades? ¿Cómo, olvidando los entrañables vínculos, puede hablarse con tanta ligereza de cierta necesidad de una “acción de limpiar” para alcanzar la “pureza revolucionaria” o, en el caso contrario, de “extirpar” a aquellos cuyo pensamiento “jamás se modificará”?

Ante la amenaza de la esencia humana, no se me ocurre sino pensar en cómo poder alcanzar la reconciliación que desde cada sector se pregona, a veces sólo como palabrería falaz y estratégica, y otras como aspiración honesta de una reconstrucción futura. Quienes pensamos en esta última opción, acaso tengamos que indagar en la responsabilidad más honda sobre nuestra actuación como

ciudadanos y habrá que considerar con mayor atención algunos elementos en nuestra visión siempre parcial de una realidad que no permite encasillarla o ser reducida a esquemas.

Además de la importancia de que se haga verdadera justicia ante el horror de la Masacre de El Silencio, casi todos los venezolanos coincidimos en la necesidad de dialogar, en buscar ponernos de acuerdo para intentar hallar salidas a la crisis nacional que se expresa en múltiples facetas. Es obvio que el diálogo que buscamos debe partir del deseo común de bienestar compartido, de puntos de encuentro en los que todos más o menos coincidimos para hallar salidas y respuestas que en los distintos caminos plurales se trazan como metas. No creo que sea necesario abundar sobre cómo un gran sector del oficialismo en su informe palabrería reiterativa adultera el sentido del diálogo deseado con un fin estratégico y cómo algún sector de la oposición, como una réplica en el espejo, responde de igual manera. Y es claro por qué ello ocurre: hay un convencimiento por parte de los interlocutores de la “posesión” de la verdad; posesión, obviamente, a la que no se va a renunciar. ¿Por qué habrían de hacerlo si se “sabe” que, a pesar de los desvíos y tropiezos, se está en el camino cierto? En esta creencia que se afirma en militancia, cualquier mirada que amenace a la verdad poseída constituye, por definición, un ataque al que hay que neutralizar y defenderse de su posible acción cuestionadora que abra otros rumbos o quizás grietas en la frágil visión de las cosas. Ante tales posiciones, el diálogo es imposible. Ello indicaría que si se quiere en verdad un diálogo real, la actitud sorda y de cerrado

convencimiento militante que acabamos de describir no puede estar presente en una mesa de conversación y quizás, con todo respeto a su opción, tampoco los interlocutores que practican semejante actitud. Esto último parece fundamental. Porque el pensar que la creencia en la “posesión de la verdad” es más importante que el diálogo no sólo es una equivocación que prefiere el empecinamiento e impide la conveniente construcción de una comunidad, sino un gravísimo error que ignora precisamente el genuino origen de nuestro acercamiento a la realidad. *“El lugar natural de la verdad es el intercambio verbal entre los hombres; la verdad brota del diálogo, de la discusión, de la conversación”* nos dice el filósofo alemán Josef Pieper, recordando este hecho, cuyo reconocimiento es tan antiguo que ya se registra en las tesis antisofistas de Platón. Y lo dice justamente en un ensayo titulado *“La defensa de la libertad”*, como evidenciando que el fundamento de lo humano reside en la afirmación consciente de su singularidad libre y a la vez de su indisoluble vinculación con la comunidad. Insiste así en la necesidad de que el diálogo, esencial en la democracia, en la academia, en el foro de la comunicación pública, debe garantizar un espacio de libertad, no sólo en la oportunidad de expresión de cada quien, sino también en el modo de ejercerlo, defendiéndose muy firmemente de *“todo cuanto perturbe o destruya la pura franqueza de nuestra relación con la realidad y el carácter comunicador de la palabra”*, lo que implica enfrentarse

... por ejemplo contra la simplificación partidista, contra el acaloramiento ideológico, contra cualquier tipo de afectividad

*ciega, así como contra lo simplemente bien dicho y los espejismos formalistas, contra la terminología arbitraria que rehúye el diálogo, contra los ataques personales como recurso estilístico (cuanto más brillantes, peor), contra el lenguaje del disimulo tranquilizador al igual que el de la rebeldía, contra el conformismo y anticonformismo de principio, etc., etc.*²

¿No presenta esta enumeración las características más generales de lo que hemos llamado nuestra “conversación política” más reciente y también la de los últimos años? ¿Cada uno de nosotros sería capaz de afirmar que ha sido ajeno de caer en la tentación de alguna de las formas de la perturbación del diálogo como las que enumera Pieper? Sería iluso negarlo porque precisamente somos humanos, es decir, tendemos a esa afectividad y a la sobrevaloración de lo que pensamos que es cierto, una venda que ciega los ojos y un ruido que anula el escuchar. Claro que no hablo de una convicción más íntima y auténtica que se manifiesta en una creencia de lo que percibimos verdadero, sino de nuestra indisposición a dialogar, a intercambiar honestamente las diversas miradas a lo real. Creo que por esa misma razón Pieper llama la atención sobre la necesidad de esta conciencia, de defender la libertad, muy especialmente, de la que hace posible el diálogo.

² Josef Pieper. “La defensa de la libertad” (1980) en *Antología*. Prólogo de Hans Urs von Balthasar. Traducción de J. López de Castro. Barcelona, Editorial Herder, 1984, pp. 137-138.

II

*El disentimiento como respeto*¹

Ante esa condición inicial para dialogar, cabría preguntarse, ¿cómo ponernos de acuerdo si las visiones son tan distintas y a veces contrapuestas? ¿Es posible una “construcción” así, en ese intercambio de voces y pareceres tan diversos? Habría que pensar en primer lugar que la honesta disposición al diálogo ya está construyendo una comunidad, a pesar de que ello no se perciba en una primera mirada, pues aunque se piense como objetivo central el llegar a una “conclusión”, a un “consenso”, el hecho de atenderse unos a otros compartiendo y confrontando “verdades particulares” va dibujando una comunidad en la que la diversidad de pensamientos y creencias puede convivir, al menos durante ese diálogo: el conversar ya es un logro que conduce a la anhelada meta de convivencia libre. A pesar de este señalamiento ideal, ¿qué ocurre con las diferencias? ¿Cómo considerarlas en esa construcción? Hace algunos años escribía en mi universidad sobre este mismo problema, aunque en condiciones muchísimo menos dramáticas que las actuales. Discúlpenme que traiga una cita personal, pero creo que con ello puedo resumir lo que me parece crucial en este punto:

En el auténtico diálogo existe la disposición de escuchar al otro, procurar entender sinceramente la proposición que expone. Cuando se pone en práctica la disputatio (el debate),

¹ Publicado en el suplemento *Verbigracia* del diario *El Universal*. Año VI, N° 6, Caracas, 10 de agosto de 2002, pp. 2-3.

en más de una ocasión puede hallarse la coincidencia en áreas de un mismo mirar. Pero si de ella resulta la diferencia, la perspectiva diversa que llega a expresarse, la acción de escuchar, de atención y consideración al otro y a lo que este dice parece evidenciarse aún con más fuerza. Es obvio que no hablamos aquí del anticonformismo a ultranza, siempre rebelde y sordo, sino de un disentimiento que siempre inquiere, pregunta, busca. Así el disentir es forma de respeto: es tomar en serio la opinión y la mirada del otro y proponer una alternativa racional. En el intercambio de ideas, conocimientos y pareceres —no exento de pasión y honradez—, quien escucha y disiente toma a su interlocutor como su igual, como par en la misma actividad del conocer, y su tarea como digna de ser oída, analizada, discutida racionalmente, pues comparte el objetivo de descubrir la realidad.²

No hay duda que el pensar en la búsqueda del consenso para configurar salidas compartidas, para hallar el máximo bienestar de una comunidad es la meta ideal del intercambio y puesta en común del diálogo posible; no podemos dejar nunca de lado esta tarea y aspiración legítima aunque suene ideal y poco factible, pues si no, todo sería un juego sin sentido. Mas comenzar a ver en el diálogo al disentimiento honesto como un signo de respeto, nos lleva a practicar una olvidada virtud indispensable para que una democracia llegue a llamarse como tal: *la tolerancia*, que no es la impasible resignación ante hechos o situaciones aparentemente inmodificables, sino el respeto al otro y a su conciencia libre, una actitud que en sí misma es una celebración de la convivencia de las posturas diferentes y la oportunidad del enriquecimiento cuando converge lo

² La cita la tomo de la editorial con el mismo título de este artículo, “El disentimiento como respeto”, que apareció en *Universalía*, Revista de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, N° 12. Sartenejas, enero-junio 1995, p. 2, y que también se recoge en este volumen.

diverso en el compartir una cultura. Pensar en esto último nos obliga a dejar de lado el empecinamiento en “tener razón” e iniciar una mirada atenta al otro, cuidando las formas del intercambio verbal y de la consideración entre los interlocutores. Mariano Picón-Salas —a quien recordábamos en su centenario el año pasado—, buscando cultivar precisamente la virtud de la tolerancia, confesaba su opción en este sentido:

*Y como son las palabras las que producen las más enconadas e irreparables discordias de los hombres, a veces he cuidado —hasta donde es posible— la sintaxis y la cortesía, con ánimo de convencer más que de derribar (...) ¿A qué gritar, cuando las gentes pueden también entenderse en el tono normal de la voz humana?*³

Escritas hace casi cincuenta años, ¿no tienen sus palabras plena vigencia? ¿No perfilan los ingredientes necesarios del diálogo?

³ Mariano Picón-Salas. “Pequeña confesión a la sordina” (1953) en *Obras selectas*. Segunda edición, corregida y aumentada. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1962, p. XII.

III

*En el lugar del otro*¹

Acaso esta sea la condición más difícil para hacer posible el diálogo y probablemente la más recomendada en la ética del intercambio de ideas y confrontación de posturas diversas. Y, sin embargo, cada quien puede preguntarse “¿Cómo alcanzo a colocarme en la posición del otro para tratar de comprender lo que dice, para poder entender su mirada, su sentir y sus pareceres acerca de la realidad si son completamente opuestos a los míos e incluso percibo que atenta en contra de mi propia percepción de las cosas?” Apreciar esta capacidad como un factor esencial del diálogo no puede verse como mera retórica, sino que exige un indudable esfuerzo, voluntario y nada fácil, para aquel que busca la comprensión de una situación. Tal vez estamos pidiendo un espíritu de simpatía hacia el otro que, en el caso de que sea nuestro opositor o contraparte, parecería no menos que un desatino o una dificultad insalvable. Pues además de pedir y ofrecer un espacio de libertad para el diálogo, de apreciar la expresión de la diferencia y el disentimiento como respeto, de contribuir con la tolerancia mediante la cortesía y el cuidado de las formas, pareciera que hace falta algo más y así seguimos preguntándonos ¿qué método seguir, qué actitud adicional habría que asumir si resulta tan indispensable intentar la comprensión de otro?

¹ Publicado en el suplemento *Verbigracia* del diario *El Universal*. Año VI, N° 7, Caracas, 17 de agosto de 2002, p. 3.

Respetando la opción de cada quien en indagar cómo poder acceder a tal postura, con una breve digresión quisiera recordar una simpática figura literaria que ofrece un “método sin método” que puede ser iluminador en esta búsqueda de comprensión. Pienso así en el Padre Brown, inolvidable personaje creado por G.K. Chesterton. En los cuentos del autor inglés, el Padre Brown es una especie de detective que descubre ingeniosamente los crímenes que ocurren a su alrededor. Y aunque tiene indudablemente una gran capacidad analítica, no descubre los misterios mediante el exclusivo e impresionante razonamiento deductivo de un Sherlock Holmes o un Hércules Poirot que no cesan de demostrar su “superioridad” intelectual bien ganada. Por el contrario, con humildad y fina atención no exenta de gracia, el Padre Brown parte de su propia condición de sacerdote católico, que, con su experiencia como confesor que le permite conocer la íntima naturaleza humana y con su tarea de salvar las almas, busca comprender al pecador para reconciliarlo. Así, se coloca en el lugar del asesino, pero no como una metáfora que “supone” lo que haría el criminal —aquí “suponer” es una palabra que sugiere una verticalidad incomprensiva—, sino como si se “metiera” literalmente en el cuerpo del otro, intentando imaginarse cómo sería su propio pensar, tratando de experimentar en sí mismo las pasiones, los sentimientos y aun la irracionalidad que llevaron al otro al crimen, pero sin llegar, por supuesto, a esto último. Insisto que su objetivo no es sólo resolver intelectualmente el caso, sino conocer, comprender, acercarse amistosamente al criminal para tratar de reconciliarlo e incorporarlo a la misión y visión de la

convivencia cristiana. Veamos lo que el mismo Padre Brown comenta acerca de su “método de investigación”:

Yo quise decir, y digo, que me vi a mí mismo cometiendo los asesinatos. No digo que los ejecutara. Pero ahora no se trata de eso. Lo que yo quiero decir es que pensé y pensé de qué manera podría un hombre llegar a ser así, hasta que me daba cuenta de que yo mismo era de aquella manera, en todo, menos en aceptar el consentimiento formal de la acción.²

Aun agrega otras consideraciones sobre la “ciencia del detectivismo” de su época, que en su empeño por encontrar la solución de los casos y pretendiendo una objetividad para explicar los hechos, olvida aspectos del hombre que en realidad son más cercanos y esenciales. De ahí que manifieste su diferencia con esa postura que, en lugar de acercarse al ser humano, se distancia como si este fuera algo completamente extraño. Comenta el Padre Brown que muchos de esos “detectives”, con aspiraciones a científicos positivistas, fundamentan su trabajo

... en salirse del hombre y estudiarlo como si fuera un insecto gigante; mantenerlo dentro de lo que ellos dirían una luz fría e imparcial; en lo que yo diría una luz muerta y deshumanizada. (...) Cuando el científico habla de un tipo no se incluye nunca a sí mismo, sino a su vecino. Probablemente a su vecino más pobre. No niego que algunas veces la luz fría produzca buenos efectos, aunque en cierto modo, resulta el inverso de la ciencia. Por cuanto que es conocimiento, resulta la supresión de todo aquello que conocemos. Es tratar a un amigo como un

² G.K. Chesterton. “El secreto del Padre Brown” (1927) en *El secreto del Padre Brown. Obras completas*. Traducción de Isabel Abelló de Lamarca. José Janés Editor. Barcelona, 1952, pp. 659-668.

extranjero y se llega a pretender que una cosa familiar es algo remoto y misterioso. (...) Bueno, pues eso a lo que usted llama el secreto, es exactamente lo contrario. Yo no intento eludir al hombre. Lo que yo intento es meterme dentro del asesino... en verdad... ¿No ve usted que esto es mucho más que lo otro?

Es claro que descubrir crímenes resulta muy diferente a la actividad de dialogar —en las actuales circunstancias alguno pudiera afirmar lo contrario—. ¿Pero lo es ciertamente para la actividad de comprensión de una realidad que vemos como ajena? ¿Podemos llevar la actitud del Padre Brown a nuestras intenciones del diálogo constructor cuando se contraponen visiones tan disímiles? Creo que el simpático personaje nos descubre, *mutatis mutandis*, dos elementos necesarios para ello. En primer lugar, nuestras argumentaciones, por muy razonables que sean y por muy cercanas a lo que pensamos que es verdadero, si sólo ven al otro que se opone como una “anormalidad”, si sólo suponen el pensar del otro ignorando el origen y los motivos de su sentir y de su actuar, entonces en nuestra posición no se busca la comprensión del otro y su visión para compartir un convencimiento, sino muy probablemente la reducción y simplificación de la tesis contraria a una mera etiqueta o a sólo un adjetivo denigrante e inquisitorial, y por ende a su exclusión de la mesa del diálogo, aunque físicamente se pueda inquirir que una silla está dispuesta a acoger al otro; con la actitud descrita se confirma así la imposición de un grupo. En ello, ¿dónde quedó la búsqueda de la “verdad universal” invocada si el acto se trocó en sólo ejercicio de poder? Como el Padre Brown expresa, en su posición de simpatía es obvio que él no va a llegar a cometer la

acción criminal, pero sí buscará comprender al hombre que cedió ante el hecho terrible; en forma análoga, en el diálogo honesto muy probablemente jamás compartiremos lo que consideremos una visión opuesta y, en ocasiones, aun aberrante e irracional, pero podríamos intentar, sin simplificaciones, aproximarnos al otro como un ser que en esencia es igual a nosotros y comparte legítimamente una parecida aspiración universal. Aquí percibimos el segundo elemento del método del Padre Brown: el anhelo de *reconciliación* que parte de una comprensión mutua que debe iniciarse en el diálogo y que implica, más que la palabra que sólo explica —proclive también distraer o quizás a engañar—, la acción que busca la enmienda, la incorporación en la tarea de construcción de una comunidad.

IV

*El resentimiento*¹

Quiero tocar un punto más delicado en este conversar en torno al diálogo y precisamente en el aspecto que se deriva de la comprensión del otro. Cotidianamente se habla sobre cómo se ha despertado en nuestra nación el resentimiento social que se expresa en odio declarado y aun en hechos violentos. Para nadie es un secreto que ha sido el mismo Presidente de la República, con un claro objetivo de su política del poder, quien irresponsablemente ha suscitado que esa peligrosa manifestación social haya aflorado poniendo en peligro el sentido de la convivencia. Como una réplica defensiva se utiliza en algunos sectores, sin duda afectados por esa violencia amenazante, el término “resentido social” como un adjetivo peyorativo para aquellos en los que este fenómeno en la moral se encuentra en plena efervescencia; aun al mismo Presidente no se ha escapado de recibir este calificativo cuando mantiene su insistencia en la provocación de la discordia y en su terquedad al no reconocer los errores producto de su incompetencia.

Si bien en esta apreciación y diagnóstico inicial hay un reconocimiento cierto de un serísimo problema social en el que las fuerzas irracionales pueden destruir los lazos que sostienen lo comunitario, creo, sin embargo, según se deducen de algunas frases

¹ Publicado en el suplemento *Verbigracia* del diario *El Universal*. Año VI, N° 8, Caracas, 24 de agosto de 2002, p. 3.

que he alcanzado a escuchar, que existe también una incompreensión intolerante y un prejuicio reductor al pensar que el resentimiento social, con el terrible veneno que conlleva la expresión de acciones, pareciera una suerte de destino inmodificable para algunas personas, casi como una opción de vida escogida a plena conciencia. El problema es mucho más complejo y “subterráneo”, por lo que requiere una reflexión más considerada.

Max Scheler, en su obra “*El resentimiento en la moral*” (1915), explica con agudeza y atención este fenómeno social, partiendo de las motivaciones más íntimas del resentido —odio, envidia, rencor, deseo de revancha o de venganza— hasta llegar a analizar los orígenes de este sentir en el comportamiento social y que se remontan al surgimiento de “*la semilla de la moral burguesa*, que comenzó a desplazar a la cristiana” aproximadamente en el siglo XIII. En la breve referencia que puedo hacer en este momento sobre su tesis, Scheler observa que la preeminencia de los valores utilitarios y materiales característica de esa moral por encima de lo agradable y de los valores que pertenecen al ámbito del crecimiento espiritual y de lo comunitario, genera precisamente una inversión en los valores: la exacerbación del deseo de *poseer* en la sociedad; el *tener* por encima del *ser*, diríamos hoy en día, como percibiendo con esta expresión común el agudo problema en el que sin duda todos nos vemos afectados.

Mas Scheler no se detiene en esta apreciación que puede alimentar un interesante examen de conciencia para quien aspira a los valores esenciales, sino que su observación continúa en la indagación

histórica de este fenómeno que se aprecia en la construcción de sociedades y sus regímenes políticos. Así, al constituir lo útil y su traducción en lo instrumental y material la base valorativa de una sociedad, ello alcanza también a la concepción propia del hombre que es sólo apreciado desde la visión utilitaria y aun mecánica de la sociedad: “engranaje de la maquinaria” de producción, recurso humano, fuerza laboral, productor y consumidor, ¿no son acaso términos que contribuyen a esta valoración? ¿Dónde quedó la visión más integral del hombre? Probablemente en el sentido declarativo de las leyes y los discursos, en la reflexión más cercana al ámbito de cada grupo. Pero en el sentido práctico, en la concreción cotidiana, lo inmediato y lo útil es lo que prevalece tanto en la percepción general de las cosas como en nuestro mismo actuar y decidir.

Esa misma limitación a lo útil también constituye el fundamento para la legítima aspiración de la igualdad entre los hombres, pero al mismo tiempo lo es de su contraparte, el estímulo para la obtención del éxito diferenciador a partir de la acumulación material. Esta paradoja no resuelta se observa en la intencionalidad de cada sistema político donde la base de lo utilitario está presente: tanto en los regímenes totalitarios de corte populista como en los democráticos con su “espíritu industrial y mercantil” y su sociedad de consumo, una aspiración de justicia distributiva sólo alcanza a trazarse con un rasero igualitario por lo bajo, elaborando como fundamentación la supuesta equidad de derecho para acceder a todos los ámbitos y aspectos de la sociedad. Sin embargo, para un amplio sector de los miembros que pertenecen a esa sociedad esto

es sólo una ilusión que contadísimas veces se materializa. Así, se crean en ellos expectativas que nunca se ven satisfechas debido a que esa anunciada igualdad de oportunidades para todos en realidad es una desigualdad de hecho, algo que continuamente observamos a nuestro alrededor. La insatisfacción, penetrante en lo más hondo, viene acompañada de una desvalorización de la persona y de una consecuente exclusión de los ámbitos deseados y prometidos de palabra, generando frustración y toda una tensión que se acumula y no encuentra cómo salir. Esto que atañe a lo íntimo también se expresa en lo social, en una especie de intoxicación moral que es lo que conocemos como el resentimiento. Dicho veneno busca resolver aquella tensión tratando de volver asible la igualdad a la que se aspira o intentando quizás hacer tangible una superioridad jamás alcanzada y es así que aparece lo que Scheler llama el “*engaño estimativo* que es específico del *resentimiento*”. En él, el hombre común rebaja las cualidades de aquello que íntimamente anhela y con lo cual se compara, y de igual modo falsea esos mismos valores como si atentaran contra él, como si efectivamente, en una “ilusión”, fuesen la causa de su desgracia, pero no porque no estime esos valores, sino porque son otros hombres quienes los tienen o los representan. Posesiones, riqueza, posición social, privilegios y aun la educación se convierten en objeto de su resentimiento y de una eventual acción destructiva. Hay un *graffiti* que leo cerca de mi casa y que parece sintetizar en una expresión precisa toda esta inversión valorativa: “La universidad para todos o para nadie”. Como se aprecia, la primera parte admite la aspiración a la educación superior como un valor genuino al que todo ciudadano debería acceder, pero

especialmente para confirmar el valor supremo de la igualdad social; si esto último no se logra en los hechos, lo educativo pasa a ser algo que atenta contra quienes no tienen acceso a ello porque es algo que confirma la desigualdad y por ende es necesario destruir según el visceral razonamiento. Con esta visión puede llegar a entenderse el absurdo vivido con aquellas gentes que contribuyeron con los saqueos a los establecimientos que les ofrecían los comestibles diarios, así como la destrucción de las empresas que suministraban empleo a sus propios vecinos y amigos. ¿Cómo es posible que no alcancen a darse cuenta de que se están haciendo daño a sí mismos?, nos preguntábamos. Pero como apunta Scheler, en la confusión de la crisis, la respuesta del resentimiento obedece al mismo sentido de la moral que lo engendra: las fuerzas irracionales que se despiertan siguen la violencia y la expresión del odio y la desesperación, para lograr, aunque sea en el instante del hecho destructivo, la revancha material, la igualdad ilusoria a partir de las cenizas de los bienes y los valores a los que se aspiraba. Sin embargo, amanece y todo se ve distinto y en lamentables ruinas, como en el despertar desconcertante y triste de aquel hombre ebrio que al llegar tarde en la madrugada a su casa, y luego de oír el obvio reclamo de su esposa, arremete contra todo el mobiliario, destrozándolo para afirmar que después de tanto trabajo el tiene derecho a divertirse y a que lo dejen dormir.

Siguiendo en parte la tesis de Scheler, Picón-Salas observaba cómo en esas mismas turbulencias de las crisis, los “mesías de plazuela” y los “oradores de cervecería” aprovechan, manipulan, exacerbaban y

explotan el resentimiento para llevar a las multitudes engañadas a la conveniencia de un ilusorio credo político y al estímulo de la acción destructora; la historia del siglo XX muestra elocuentemente las tragedias que se suscitaron a partir de este fenómeno social y en la expresión particular de los nazis, los fascistas y aun del bolchevismo.

Es claro que en Venezuela estamos viviendo una situación donde el resentimiento descrito aparece como esa fuerza amenazante y destructiva. Tenemos una sociedad dividida y cada vez más empobrecida; casi podríamos afirmar que vivimos en una suerte de *apartheid* de hecho compuesto por dos Venezuelas: una sociedad en la que una pequeña porción de la población accede a gran parte de los privilegios y una mayoría creciente de excluidos, imposibilitados prácticamente de salir de su estado de postración social. En los últimos años, las facciones políticas y la demagogia revanchista han acentuado la diferencia como enfrentamiento y, lo que es peor, las torpes medidas populistas han contribuido a agravar el *apartheid* social.

Para nuestra supervivencia como nación, resulta esencial tomar conciencia de este hecho, así como de las causas del resentimiento. Pero sólo detectar a este último y utilizar el término “resentido” como una forma de definir facciones, en nada contribuye a la resolución de nuestra crisis. “Redefinir la escala valorativa”, en palabras de Scheler, es lo que procede para volver a tomar un sentido más integral de lo humano; recuperar los valores del ser y la convivencia, de la construcción solidaria del bienestar, por encima de lo utilitario y

material, pareciera describir una utopía, algo quizás inalcanzable. Y aunque así suene, es nuestra única opción, pues cualquier camino que no intente esta redefinición, seguirá manteniendo el sistema de exclusión y la intoxicación moral latente. ¿Podemos impregnar este sentido a nuestro debate político, a nuestra maltrecha economía y a nuestro hacer cotidiano? Es una tarea inmensa que sólo puede iniciarse con pequeños y concretos pasos en nuestro entorno más inmediato para aspirar a la reconstrucción futura: buscar la reconciliación de esas dos Venezuelas en nuestra aproximación sincera, respetuosa e integradora de los excluidos.

Otros textos para la Universidad

Etimología¹

Uno de Los justos: "el que descubre con placer una etimología"

Jorge Luis Borges

En un momento como el que vivimos, cuando la llamada *crisis* no sólo forma parte de nuestra cotidianidad, sino que también la va configurando, puede uno preguntarse sobre los modos de solventarla, superarla o, como alguien decía, obtener "luz de la unánime turbulencia". ¿Dónde encontrar esa lámpara que en su vigilia muchas veces molesta durante la noche? En situaciones extremas, lo que se considera seguro e inmutable se resquebraja y su justificación se vacía dejándonos en suspenso. Instituciones, viejas tradiciones, programas de estudio y aun valores que nunca habíamos ponderado parecen disiparse como en fugitivo humo. El interrogarse sobre el hacer y el buscar no logra satisfacerse en la frágil explicación de lo diario y contingente, y lo que es peor aún: en la incertidumbre no asumida, la opción más fácil, más atrayente, acaso más "visceral" o resentida es seguida como un movimiento inercial. Argumentos y "razones" se erigen reduciendo la realidad al concepto pobre, a la frase hecha que sólo busca imponerse. "¿Para qué, para qué tener razón?"², podríamos preguntarnos, si esta sólo se concentra en ganar una discusión o ejercer un dominio. Quizás no se trate tanto de *tener* razón, como de dilucidar un sentido. Pero ¿cómo ver entonces si no hallamos quien sostenga una lámpara?

¹ Editorial de *Universalía*, Revista de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, N° 9. Sartenejas, enero-marzo 1993, p. 2.

² Cfr. Guillermo Sucre. "Entretextos" en *En el verano cada palabra respira en el verano*. Editorial Alfa Argentina. Buenos Aires, 1976, p. 61.

Hay un “método educativo” que puede sugerirnos una chispa de grandes posibilidades. El poeta Samuel Taylor Coleridge recordaba que en el idioma inglés, “donde tantas palabras se derivan de otros idiomas, existen pocos sistemas de instrucción más útiles o divertidos que el de acostumbrar a la gente más joven a buscar la etimología, o el sentido primitivo de las palabras que emplean. Existen casos, donde la historia de una sola palabra nos instruye más que la historia de una campaña”. Lo mismo podríamos decir de nuestra lengua, y el volver al origen de las palabras —en particular al de aquellas que refieren lo que consideramos crítico— nos va revelando insospechadas relaciones y sentidos. Preguntarnos por ciertas palabras, ¿no es también regresar al porqué, al fundamento de las cosas? Y en la indagación nos percatamos de la evolución y el alcance de un vocablo y también de las causas de su gasto y su desvío. Pero hay algo más importante: retornar al fundamento significa recobrar además el punto de partida y actualizarlo. Así, podemos asombrarnos —y entender, por fin— cuando asistimos a la etimología de *universidad*, de *democracia*, de *educación*, de *civilización*... Comenzamos a percibir un mayor sentido de nuestro aprendizaje cuando vemos que *saber* y *sabor* están emparentados en su origen. ¿No es el *sabio* aquel que con sus *saberes* *saborea* y *sabe* vivir la vida con toda su *sabrosura*? La misma palabra *cultura* adquiere un valor más pleno cuando recordamos su noción fundamental: cultivo del hombre, el cuidado y la mejora de sus facultades nativas de acuerdo a su *naturaleza* —espiritual, intelectual y sensitiva—. ¿No hemos olvidado esta última clave?

Tornar al fundamento y al valor original, recuperar el sentido con ese “placer” que indicaba Borges. Ello resulta análogo al despertar después del desmayo —al sosiego iluminador de la crisis—, a la toma de conciencia. Tal vez, como en el poema de Borges, en ese trabajo silencioso e ignorado se esté “salvando el mundo”.

¿Escepticismo o intolerancia?¹

En su lección inaugural el Rector retoma el sentido esencial de la Universidad: la búsqueda de la verdad y el afianzamiento de los valores trascendentales del hombre. *Universalia* ha insistido en esta aseveración ética y de allí la constante interrogación que trata de comprender cuál es el alcance de ese objetivo que define lo universitario. Así, cuando en nuestra Casa de Estudios oímos frases como “no hay verdad”, “no hay ni bien ni mal”, “todo es válido” o “todo es relativo” —afirmaciones absolutas, si las hay—, pensamos si en realidad se lanzan estas ideas —en unas ocasiones, desplegadas con argumentos finamente elaborados; en otras como clisés aprendidos— en un convencimiento cabal de las mismas o como una salida irrefutable, a veces inconsciente, para defender una posición particular y egocéntrica o una favorable circunstancia. No hay aquí la legítima duda, punto de partida de la investigación incesante que busca conocer y que coloca la verdad como meta. En el “miedo” a acogerse al conocimiento de la “verdad” y en el optar por una aparente y radical amplitud, caemos en un escepticismo destructor y al mismo tiempo acomodaticio que sólo acoge la singular, conveniente y personal perspectiva como única y valedera, cerrando los ojos a la realidad ¿No hay en ello algo de intolerancia? Vemos aquí también la actitud sofística que tan sólo quiere ganar en la discusión o aferrarse a su frágil balsa en el extenso océano como si se creyera que es tierra firme. Si en verdad optáramos por un

¹ Editorial de *Universalia*, Revista de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, N° 11. Sartenejas, septiembre-diciembre 1993, p. 2.

escepticismo absoluto, en esa validación del relativismo del conocimiento y la ética, convencidos de la inexistencia de alguna certeza en el conocimiento y en que todo lo que poseemos son opiniones y perspectivas personales, subjetivas y por lo tanto válidas para cualquier cosa o inválidas para asegurar, ¿no podríamos llegar a pensar, llevando las cosas hacia un extremo, que los profesores del Departamento de Lengua y Literatura podrían dar clases de Química, o que los de Química dieran clases de Filosofía y así continuaríamos en este intercambio de funciones y materias? No hay duda que con ello se destruye el fundamento de lo universitario y su búsqueda de conocimiento.

Desde luego, es este un absurdo ejemplo que sólo intenta ilustrar lo que significa la pérdida de un fundamento y por fortuna estamos lejos de una situación semejante ¿Pero lo estamos ciertamente? Es claro que no se puede ser escéptico ante todo. En la calificación y rechazo a ese ejemplo, coincidimos en un respeto por el conocimiento y de quien escoge cultivarlo. No por esta razón se desea formular un absoluto totalizador del conocimiento. Muy por el contrario, sabemos que aquel que se dedica al estudio apenas, en su largo trabajo, alcanza a comprender y quizás a esbozar miradas, modelos, construcciones teóricas, bosquejos, aproximaciones que *algo* nos descubren sobre la realidad, sobre la verdad. Miradas, que en tanto se saben miradas —esto es, que se asumen con sus limitaciones— nos van aproximando a un conocimiento más afinado. “Todo conocimiento humano tiene límites y el esfuerzo mismo que establece su validez determina el período útil en que puede

ejercerse”, escribía con agudeza el historiador Henri-Irénée Marrou acerca de su disciplina de estudio, y el señalamiento es aplicable a toda ciencia. Ese *algo*, esa fracción de conocimiento resulta alimento estimulante para el hombre, no sólo por lo descubierto, sino además por la conciencia de la propia ignorancia, lo cual es también conocimiento, y que en la Universidad busca siempre ser disminuida a través de las diversas disciplinas y sus miradas, que —en palabras de Marrou— “simplemente, ayudan a aprehender algo de una realidad cuya complejidad desconcertante se resiste a cualquier encasillamiento”.

El disentimiento como respeto¹

“Bueno, cada quien tiene su opinión” es una exclamación que podemos llegar a escuchar en los pasillos, en alguna comisión y aun en reuniones que supuestamente intentan ser encuentro de distintas indagaciones, mientras se considera en voz baja “no me importa lo que piense”. Si ese parecer fuera general dentro del recinto académico, la Universidad se convertiría así en una suerte de coexistencia de exclusivos cotos de caza, donde lo importante no es ni la cacería ni la presa que se persigue, pues los cazadores sólo quieren mantener el espacio limitado y propio. Se evita la sana confrontación de ideas, ya que cada quien tiene su opinión, siempre respetable, y se tiende a formar un “consenso” que, olvidando las aproximaciones más acertadas e ignorando los otros aportes, sólo selecciona “los elementos en común” —para no herir susceptibilidades— como los válidos para acercarse a la verdad. En esa “homogeneización”, ¿no percibimos un irrespeto a la persona que indaga y, lo que es peor, a la esencial búsqueda del conocimiento? En el consenso así entendido se pueden confundir los plurales caminos con meta que se desea alcanzar. Aquellos presentan diversas miradas que pueden ir de lo concreto a lo abstracto en su acercamiento a lo real, pero que, eso sí, no dejan de ser lo que son: miradas a la realidad o análisis de esas mismas miradas que intentan conocer. ¿Podemos, en nuestro celo por defender el particular espacio de la mirada, olvidar el fundamento de

¹ Editorial de *Universalia*, Revista de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, N° 12. Sartenejas, enero-junio 1995, p. 2.

la Universidad?.

“El lugar natural de la verdad es el intercambio verbal entre los hombres; la verdad brota del diálogo, de la discusión de la conversación” aclaraba Josef Pieper en un ensayo que publicamos en esta revista (“La defensa de la libertad”, *Universalía*, N°- 9, pp. 16-17). Y precisaba que la labor de la universidad es “ante todo suscitar, favorecer y alentar, conforme al espíritu de la institución misma, esa absoluta apertura de libertad que no pretende otra cosa sino arrojar plena luz sobre el verdadero rostro de la realidad —nunca exhaustivamente conocido, es cierto— y darle forma en palabras, en la inagotable *disputatio* llevada a todas las disciplinas, pronta a medirse con cualesquiera argumentos e interlocutores, que constituye propiamente la vida universitaria”. ¿Cultivamos este diálogo consubstancial a lo universitario? ¿No hay aquí una validación de algo? Si no es así, todo es un juego sin sentido que a nada nos conduce.

En el auténtico diálogo existe la disposición de escuchar al otro, procurar entender sinceramente la proposición que expone. Cuando se pone en práctica la *disputatio*, en más de una ocasión puede hallarse la coincidencia en áreas de un mismo mirar. Pero si de ella resulta la diferencia, la perspectiva diversa que llega a expresarse, la acción de escuchar, de atención y consideración al otro y lo que este dice parece evidenciarse aún con más fuerza. Es obvio que no hablamos aquí del anticonformismo a ultranza, siempre rebelde y sordo, sino de un disentimiento que siempre inquiere, pregunta,

busca. Así el disentir es forma de respeto: es tomar en serio la opinión y la mirada del otro y proponer una alternativa racional. En el intercambio de ideas, conocimientos y pareceres —no exento de pasión y honradez—, quien escucha y disiente toma a su interlocutor como su igual, como par en la misma actividad del conocer, y su tarea como digna de ser oída, analizada, discutida racionalmente, pues comparte el objetivo de descubrir la realidad, que es, a fin de cuentas, la misión de la Universidad.

Los falsos consensos de los que hablábamos arriba, y cuya tentación nos atrae peligrosamente, tan sólo conforman un pragmatismo, una conveniencia que contradice la visión de la Universidad como lugar en el que se busca el conocimiento. Quedarnos en que “cada quien tiene su opinión”, en esas frases que sólo persiguen proteger inseguridades y pequeños feudos, es abdicar, renunciar a la discusión, al diálogo racional. Y si la verdad, la búsqueda de la verdad en y con el pluralismo, no importa en la Universidad, entonces ¿qué importa?

¿Discusión ética?¹

En una comunidad de valores y saberes como debe ser la universidad, cuya vida misma se afirma en la *disputatio*, en el diálogo continuo que intenta iluminar sentidos, trazar sendas que guíen la búsqueda de la verdad, la preocupación por la ética, que alcanza cada una de nuestras actividades y ambientes, parecería inobjetable. “¿Qué hacer para recuperarla?”, podemos inquirir después de pasear la mirada por un panorama que a nuestros ojos resulta reprochable o desesperanzador. “¿Cómo enseñarla o cómo hacer para transmitirla, si esto es posible?”, volvemos a preguntarnos con desánimo ante una situación que parece invencible. Y quizás este legítimo interés nos lleva, con muy buena intención inicial, a ensayar estrategias, cursos, encuentros, foros y cuanta actividad pueda propiciar el adjetivo ético. Pero el asunto no parece conducir a algún sitio claro cuando la ética se convierte en sólo un tema más de discusión que se reduce al banal clisé, se cae en relativismos o propicia un consenso esterilizante. Y aun puede anunciar distintísimos derroteros cuando comienzan a proliferar discursos personales que declaran respetables posturas éticas con aparentes lecciones edificantes, muy pocas veces a la sordina para que la voz pueda ser intencionalmente reconocida como la única atenta o esclarecida. En este punto ¿cuánto falta para la actitud acusadora o intimidante y su consecuencia en una comunidad: el fundamentalismo y su intolerancia, la educación en la sospecha o su colofón en el

¹ Editorial de *Universalia*, Revista de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, N° 13. Sartenejas, enero-junio 1997, p. 2.

escepticismo aséptico, junto al persistente cálculo de conveniencia...?

“Cuando las repúblicas están enfermas —recordaba un experimentado profesor—, abundan los yos envanecidos lanzando sus mesiánicos y encendidos discursos”. Y así la “enfermedad” consistente en esta pérdida de los supuestos de una comunidad, en la disolución y olvido de los conceptos que deben sustentarla en la realidad —la conciencia y la convivencia— sin necesidad de que se insista tanto, tiene como uno de sus síntomas el encierro personal y la declaración llena de énfasis opuesta a cualquier diálogo. “¿A qué gritar, cuando las gentes pueden también entenderse en el tono normal de la voz humana?” nos preguntamos también con Mariano Picón-Salas. Y en la pérdida del norte, entre tanta confusión y exposición altisonante, ¿dónde queda aquel fin universitario de “afianzar los valores transcendentales del hombre”?

Es claro que lo expuesto exige una continua y delicada labor de la conciencia. No puede apartarse de su meta quien sinceramente la busca, y así no puede prescindir jamás de los inacabables interrogantes que intenta conciliar, sintiendo, como dice Guillermo Sucre, “lo que hay de desgarrador, íntimo e íngrimo en toda moral”. Sin olvidar esto, y si pudiéramos dejar de lado aquella discusión que sólo busca imponer individuales razones y poderes y nos dispusiéramos simplemente a atender los fines de la Universidad preteridos por nuestra obstinada y limitada percepción, observaríamos que el tema de la ética es mucho más cercano y

sencillo que las argumentaciones en que nos empeñamos. Comprenderíamos que la disciplina universitaria tiene como su objetivo central un sentido ético que es inalienable de nuestra apetencia de conocimiento: aprender a conocer la realidad, lo que incluye la propia condición humana, su relación con el entorno y los métodos y los resultados de su saber; aprender a asumir las responsabilidades que implican los alcances de ese pensar. Entenderíamos que, como lo indica Etienne Gilson, la ética de la vida universitaria consiste esencialmente en la práctica de dos virtudes: la honradez intelectual, que es un respeto escrupuloso por la verdad tratando de atenderla en todos sus detalles, y la humildad intelectual (“objetividad” la llamamos en términos más modernos, anota el pensador francés), que es la sumisión o apertura a la verdad. Dos virtudes morales que tienen su correspondencia en el trabajo del intelecto y que con simplicidad trazan líneas que orientan nuestras búsquedas. Si nos mantenemos en ellas, no haremos sino permanecer en la fidelidad que apunta a una realización plena y en el verdadero sentido.

Podemos pensar, sin embargo, que esta observación quizás se dirige principalmente a la faceta del cultivo intelectual; mas ello sólo en apariencia, pues la esfera social es inseparable de esta búsqueda sincera, y así el respeto y el saber escuchar son actitudes cónsonas con las virtudes aludidas. Podemos ir un poco más allá y preguntarnos nuevamente qué hacer cuando somos testigos de situaciones equívocas que se desvían de los valores. La honradez y la humildad siguen orientándonos en tales momentos, pero acaso

pueda sernos de utilidad acudir a una experiencia singular. En una ocasión le solicitaron con insistencia a San Francisco de Asís que resolviera una “disquisición ética”: ¿cómo reclamar, porque es nuestro deber, a quien se encuentra en una conducta impropia? Respondió: con el buen ejemplo y la santa y saludable conversación. Precisamente en nuestra casa rectoral, la imagen de San Francisco está presente de manera especial, al menos un par de veces: en un cuadro de ascendencia colonial y en un hermoso vitral. ¿No podríamos apreciar algo de su atento espíritu y recobrar con esta “lección ética” llena de cortesía la convivencia de una comunidad que busca crecer hacia su bienestar?


Editorial **EQUINOCCIO**
UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

COLECCIÓN ALMA MARTER